

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Como Jesucristo nos ha enseñado la mansedumbre.* 1.º En su sermón del monte pone en primer término de las bienaventuranzas la humildad y después la mansedumbre, compañera inseparable de aquella. Ningún punto de la ley ha sido recomendado tan á menudo y con tanta insistencia: *Discite a me quia mitis sum.* No se puede ser su discípulo sin tener esta virtud. 2.º Pero sobre todo á sus ministros es á quienes impone esta obligación: Pruébese por San Pablo que excluye del santuario los vicios opuestos á esta virtud. Pruébese por el mismo Jesucristo. ¿Qué responde á Santiago y á San Juan cuando querían ejecutar un acto severo? *Increpavit illos, discens: Nescite cujus spiritus estis.*

PUNTO SEGUNDO.—*Con que perfección ha practicado Jesucristo la mansedumbre.*—Los profetas lo habían anunciado al mundo como un Rey lleno de mansedumbre, como Cordero que se deja inmolar sin quejarse. En su infancia era tan dulce que su sola presencia bastaba á disipar los enojos. En su vida pública ¡qué paciencia en sobrellevar á sus discípulos y á aquellas multitudes que le oprimían! ¡Qué indulgencia tan suave para con las almas extraviadas! Quiso ser llamado amigo de los pecadores, objeto primero de su misión. ¿Qué decir de su mansedumbre en el transcurso de su Pasión, hacia Judas, hacia sus verdugos? ¡Oh! cuán suave, cuán dulce no es Jesús en el Altar, en la Eucaristía, en nuestros corazones!

MEDITACIÓN LIV

*La mansedumbre considerada en el Sacerdote.
Su necesidad*

- I. La debe á su ministerio.
- II. La debe á sí mismo.

PUNTO I

El ministerio sacerdotal exige una gran mansedumbre

Teniendo la obligación de concurrir á la salvación de nuestros hermanos por todos los medios que están á nuestro alcance, no debemos olvidar que la

mayor parte de estos medios toman de la mansedumbre toda su eficacia. Para llevar á Dios los corazones, es necesario primero poseerlos, y la mansedumbre es la que nos los da; por esto dijo San Ambrosio: *Nihil tam utile quam diligere.* La Religión no se impone, persuade. La conversión no se manda; se obtiene mediante la paciencia; se llega á ella por el camino de la insinuación. «El ministerio no consigue frutos, cuando no está ayudado por la confianza; y no está ayudado por la confianza, cuando tiene por auxiliares la dureza y la sequedad en el carácter del ministro.» (1). Los hombres son de tal condición, dice San Vicente de Paúl, que ninguno quiere ser reprendido con aspereza; la pasión no corrige la pasión. El corazón del hombre, según la frase de Bossuet, no se gobierna tanto por el poder, cuanto se lisonjea y se gana por la dulzura. En la dirección de las almas, la fuerza no ha de emplearse para someter nada, puesto que se trata de ofrecer á Dios víctimas voluntarias, de formarle hijos, no esclavos. «La mansedumbre trae consigo otras tres virtudes que son absolutamente necesarias para la dirección espiritual: la paciencia para sobrellevar, la compasión para condolerse, la condescendencia para curar.» (2)

En la Sagrada Catedral, si el Sacerdote, en vez de usar el lenguaje de un padre: *Convertimini, filii revertentes* (3).—*Convertimini, et quare moriemini, domus Israël?* (4), no deja oír sino las duras palabras de un maestro airado; si á la severidad de una moral ya molesta para las pasiones, añade la severidad de tono y de lenguaje y la amargura del reproche, ¿qué puede esperar de su predicación? Indispone al auditorio contra él y contra el Evangelio. Aleja de la Religión á aquellos que debía atraer; en lugar de ablandar, endurece. En el Santo Tribunal de la Pe-

(1) Massillon.

(2) Boss., Paneg. de S. Franc. de Sal., 3.ª p.

(3) Jerem., III, 14.

(4) Ezech., XXXIII, 11.

nitencia si se muestra brusco é impaciente; si en vez de obligar á los pecadores á llorar sus crímenes, cual otro S. Ambrosio, llorándolos él primero, los acoge secamente, les habla con frialdad..... ¿Qué conseguirá? El penitente se atemoriza, su corazón se cierra, su buen deseo naciente se desvanece, y quizás un temor sacrílego venga á ligar la lengua que la confianza iba á desatar; ó por lo menos se recibe con cierto disgusto el sacramento al que la dulzura y la bondad del ministro hubieran prestado gran alegría é intenso gozo. Si en su comunicación exterior con sus ovejas, se abandona á las vivacidades de su carácter, á su mal humor, á transportes de ira..... no se reconocerá ya en él al representante del Dios de paz, sino que aparecerá un hombre, como cualquier otro, sujeto á las mismas debilidades, desnudo de las virtudes que predica, y cargado con los vicios contra los que fulmina anatemas; y entonces, ¿qué bien puede hacer? Aunque fuese un ángel por su pureza, un anacoreta por la austeridad de su vida, este solo defecto bastaría para esterilizar su ministerio.

San Bernardo había probado por sí mismo los inconvenientes de la severidad en el ejercicio del celo, y las ventajas de la mansedumbre: «Instruíos, jueces de la tierra, decía á los Sacerdotes de su tiempo; sabed que vosotros sois las madres de los que se os están confiados, y no los amos; procurad ser amados más que ser temidos. Si la severidad os pareciese alguna vez necesaria, que sea paternal y no tiránica. Mostrándoos padres en vuestras correcciones, demostrad que sois madres por la dulzura que acompañe á aquellas (1).» Para consigo mismo un rigor moderado está muy permitido; pero sólo á los mansos y pacientes para los demás es dado lograr de ellos algún éxito. ¿No me dice nada la experiencia sobre esto? ¡Triste experiencia la que se adquiere ¡ay! á expensas de las almas!

(1) S. Bern., Serm., XXIII, in Cant.

PUNTO II

El Sacerdote se debe á sí mismo mansedumbre

Su dignidad, su santificación y su felicidad la exigen.

Interés de dignidad. De un hombre encolerizado se dice que está fuera de sí; esto casi equivale á decir que ya no es hombre; este tal, en efecto, no está bajo el imperio de la razón. ¡Qué deshonra para aquel que es llamado el hombre de Dios! En él todo debe anunciar el silencio de las pasiones y la serenidad de su alma; su semblante, su porte, sus palabras.... Un lenguaje de paz es el que únicamente cuadra á un ministro de reconciliación. En todos los tiempos el Sacerdote ha sido mirado como el hombre pacífico y manso por excelencia. Ennodio decía á Teodosio emperador: *Exhibes robore principem, mansuetudine sacerdotem.*

Interés de su santificación. Sin esta virtud y sin la paz que esta introduce en el alma, no estaremos dispuestos ni á recibir las visitas del Espíritu Santo: *Non in commotione Dominus*; ni á aprovecharnos de su gracia; nos hablará y no podremos entenderlo; ni á cumplir nuestras diarias obligaciones; la impaciencia barre del corazón la prudencia y la calma necesarias para aconsejar, la unción para exhortar, la atención para orar, la vigilancia para observarse á sí mismo. Basta un enfado no reprimido para levantar una de estas tempestades que desconciertan el alma y le causan pérdidas á veces irreparables.

Interés de su felicidad, ¿Hay pasión más fecunda en calamidades que la cólera? ¿Qué de remordimientos, qué vergüenza, qué pesar se sienten después de estos enfados, de esas violencias, de esos leves despechos, que contrastan de una manera tan repulsiva con la dignidad sacerdotal! Un Sacerdote sin mansedumbre es un hombre que está en guerra con Dios, con su prójimo y consigo mismo.

Concluyamos que es al mismo tiempo muy culpable y desgraciado el Sacerdote indócil á la gran lección de su Divino Maestro: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde.* ¿No es manso y humilde de corazón? No tiene, pues, el espíritu del Cristianismo. Y si no tiene este espíritu ¿cómo ha de tener el espíritu del sacerdocio? El edificio de sus virtudes carece de base; su ministerio es estéril; no puede ni concurrir á la salvación del prójimo ni salvarse á sí mismo.

Jesús adorable, ¿cómo he podido yo unirme tantas veces á vuestro corazón, que es la mansedumbre misma, sin corregirme de mis impaciencias, de mis malos modos, de estas impetuosidades tan impropias del que se honra con ser vuestro representante aquí abajo? Yo no me atrevería hoy acercarme á Vos si no conociera que vuestra mansedumbre me invita aún á buscar en Vos el reposo que no puedo encontrar sino en Vos. Sí, Señor, Vos sólo podéis imponer silencio á las tempestades que agitan mi alma y hacer mi corazón semejante al vuestro. *Fiducialiter ibo ad te, Domine, quia mitis es et humilis corde. Bone Jesu, aufer a me cor lapideum et impænitens, cor superbum et im-mite. Da mihi cor carneum, cor mite ac humile, quod cordi tuo sit simile.* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*El ministerio sacerdotal exige una gran mansedumbre.* Para llevar los corazones á Dios es preciso poseerlos y la mansedumbre es la que nos los da. *Nihil tam utile quam diligi.* La mansedumbre nos da tres virtudes necesaria para la dirección de las almas; la paciencia para sobrellevar, la compasión para condolerse, la condescendencia para aliviar. Si en la Sagrada Cátedra, en el Santo Tribunal, en su trato con los demás un Sacerdote se deja llevar de su mal humor..... no se ve ya en él al representante del Dios de Paz,.... este solo defecto esteriliza su ministerio. La experien-

(1) *Scut., fid. Hebd. XII post Pent.*

cia me lo ha podido enseñar de la misma suerte que á San Bernardo.

PUNTO SEGUNDO.—*El Sacerdote se debe á sí mismo mansedumbre.* Por su dignidad: un hombre encolerizado casi no merece ni llamarse hombre.—Por su santificación: sin la paz, fruto de la mansedumbre, no está dispuesto ni á recibir la visita del Espíritu Santo, ni á llenar sus funciones. No hay ni prudencia para aconsejar, ni unción para exhortar, ni atención para orar.—Por su felicidad: ¿hay pasión más fecunda en calamidades que la cólera?

MEDITACIÓN LV

La mansedumbre sacerdotal; poder que nos da

- I. Sobre nuestro propio corazón.
- II. Sobre el corazón de nuestros hermanos.
- III. Sobre el corazón del mismo Dios.

PUNTO I

La mansedumbre nos hace dueños de nuestro propio corazón

Si el primer deber de un hombre que ha de hacerse respetar es poseerse á sí mismo, es también la primera condición para ser feliz. La felicidad es en cierto modo una misma cosa con la paz. Mas ¿qué virtud ejerce sobre nuestra alma tal imperio que arroje de ella toda turbación y la conserve en una tranquilidad inalterable? Es la mansedumbre. Aquel en quien esta reside, gobierna á su arbitrio todas sus pasiones; primeramente porque con ella se pone en aptitud de observar sin esfuerzo todos sus movimientos y todo cuanto acaece en su interior; en segundo lugar, porque con el auxilio de aquella puede dirigir contra sus pasiones para vencerlas cuando esto sea necesario, todas las fuerzas de que puede disponer con arreglo á la razón, la Fe y la oración.

¿Quiere apoderarse de él la indignación á la vista de una cosa contraria al buen orden? La reprime en

sus justos límites é impide que degeneren en cólera. ¿Se inflama su celo en presencia de un ultraje hecho á Dios? Modera este ardor, temiendo que se convierta en arrebató y aumente el mal, en vez de proporcionarle un remedio. ¿Siente nacer en él un movimiento menos puro y más violento con ocasión de una injuria que viene á atacarlo personalmente? Entonces, ya no trata ni de moderar, ni de regularizar este movimiento; sino que apaga desde luego esta chispa de fuego de la venganza. Prohíbe á su boca proferir una palabra ofensiva, á su semblante aparecer con la menor señal de irritación..... Y no es que no sienta: el golpe recibido le hiere, pero por deber se reprime, enmudece ó habla con calma, cuando la naturaleza querría estallar... ¿No es esto un gran triunfo de la mansedumbre? Bajo una apariencia de debilidad, ¡qué fuerza! Cuánta energía encierra esta virtud!

Ella somete á todo el hombre; reina sobre el exterior, y desciende hasta lo más íntimo del alma para reprimir la explosión de un celo demasiado impetuoso, de la indignación ó del resentimiento. San Juan Climaco la define: Es un asentamiento del espíritu que permanece siempre el mismo en la honra y en el desprecio, en el sufrimiento y en el gozo. Compara al hombre manso á una roca que, estando elevada sobre el mar, rompe todas las olas que vienen á estrellarse contra ella, sin que logren conmoverla. Pocas virtudes nos parecerán más heroicas, sobre todo si consideramos que su ejercicio es de todos los momentos. Pero también, ¡qué venturoso imperio nos da sobre nosotros mismos y sobre todos aquellos con quienes tenemos algún trato!

PUNTO II

La mansedumbre nos hace dueños del corazón de nuestros hermanos

Si se trata de defenderse de sus atractivos, se concluye casi siempre por rendirse ante ella. Si amansa á los animales más feroces, ¿cómo no triunfará del cora-

zón del hombre? ¿Se puede rehusar por mucho tiempo el afecto á aquel que no se venga sino con beneficios, que no responde á las injurias sino con palabras de cariño y con buenos procederes, que se abstiene aun de defender la verdad con demasiado calor, por miedo de faltar á la caridad? Todo el mundo se somete con gusto á aquel que se pone por debajo de todos los demás; se prefiere padecer algún sufrimiento á contristarle. Mientras que la severidad, cual cierto helado, cierra los corazones; la mansedumbre, como un sol vivificante, los abre, y les da calor y fecundidad. Si no consigue siempre convertir, prepara las conversiones, haciendo amar lo que aun no se tiene valor para practicar. Disipa las prevenciones, hace desaparecer las repugnancias; ordena, suplicando; corrige, aconsejando.....; ella da á la autoridad el carácter de paternal y hace agradable la obediencia: *Non dura ibi necessitate servitur, ubi diligitur quod jubetur* (1). La oveja escucha con gusto la voz del pastor que ella ama.

¡Oh, cuánto poder tiene la mansedumbre desde el púlpito, en el confesionario, junto á los enfermos! Son muy pocas las almas tan duras que aquella no ablande, y muy pocas las voluntades rebeldes que no subyugue. Así que para someter al mundo á la austera ley del Evangelio, no era un león el que pedían los profetas, sino un cordero: *Emitte agnum, Domine, dominatorem terræ* (2). Ved en estas palabras, atribuidas al poder de la mansedumbre, la dominación sobre los corazones y la conquista de las almas. Jesús, á la verdad se ha mostrado á los hombres, ocultando los esplendores de su gloria bajo el velo de la benignidad más amable: *Apparuit benignitas et humanitas Salvatoris nostri Dei*; El nos ha dicho: «Venid á Mí vosotros los que sufrís, mi yugo es suave, y mi carga ligera....» Y el género humano confiado en esta palabra de amor, se ha arrojado en los brazos de su Salvador.

(1) S. Leo.
(2) Is., XVI. 1.

El fruto obtenido por los varones apostólicos ha estado siempre en proporción con su mansedumbre. San Pablo había aprendido en el tercer cielo el arte de gobernar á las almas; ¿cómo lo aprende? Ora, supplica, conjura: *Per modestiam et mansuetudinem Christi...*? ¿De qué nombres se sirve hablando á los fieles? Los llama sus hermanos, sus hijos, sus muy amados, su alegría, su corona.... ¡Cuánta ternura respira el lenguaje de su Epístola á los Corintios! *Os nostrum patet ad vos, o Corinthii, cor nostrum dilatatum est. Non angustiamini in nobis* (1). Una caridad tan atractiva explica mejor que sus milagros el irresistible ascendiente que ejercía sobre los corazones. Lo mismo ha acaecido en todos los tiempos. Por su mansedumbre San Ambrosio se apoderó del corazón de San Agustín: *Eum amare cepi, non tamquam doctorem veri, tamquam hominem benignum in me* (2). Las predicaciones más elocuentes y arrebatadoras jamás han traído al seno de la Iglesia más herejes que las dulces conversaciones de San Francisco de Sales. Si la caridad rescató el mundo en la persona de Jesucristo, la dulzura personificada en sus ministros aplica á los hombres los frutos de la Redención: mas hé aquí que en esta virtud se halla un prodigioso poder que aventaja á todo los demás.

PUNTO III

La dulzura nos hace dueños del corazón del mismo Dios

No hay bien si no es en Dios: fuera de El no puede ser amado más que lo que se le asemeja; doquiera se percibe alguna cosa que con El tenga analogía no podemos dejar de amarla; ahora bien no hay cosa, dice San Juan Crisóstomo, que haga al hombre tan semejante á Dios como la tranquilidad perfecta de un alma dueña de sí misma, y que por tal concepto participa, en algún modo, de su inmutabilidad: Ni-

- (1) II Cor., VI, 11, 12.
- (2) S. Aug., *Confess.*

hil adeo vicinum Deo conformemque facit, quam ista virtus (1).

En los sagrados libros, Dios se titula á Sí mismo el Dios clemente, príncipe de la paz. Es suave, benigno, misericordioso en extremo para con todos aquellos que lo invocan: *Tu, Domine, suavis et mitis, et multae misericordiae omnibus invocantibus te* (2). *O quam bonus et suavis est, Domine, spiritus tuus in omnibus* (3).

El mismo atestigua que su espíritu es más dulce que la miel: *Spiritus meus super mel dulcis* (4). ¿Cómo no ha de amar á aquellos en quienes se halla? ¿No los adoptará por hijos? *Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur*. ¿Las almas dulces le ofrecen la imagen viva de Jesucristo, esplendor de su gloria; y ¿cómo no serán objeto de su predilección? Raguel se conmovió de tal modo que hubo de llorar, cuando al abrazar al joven Tobías reconoció en él la semejanza de su antiguo y virtuoso amigo; y Dios ¿no se enternecerá cuando perciba en nosotros la dulzura de su Hijo? Esta consideración es omnipotente para con su corazón. David fué dulce para con Saúl, y por esto le prometió el Señor que nada podría negarle: *Memento, Domine, David, et omnis mansuetudinis ejus* (5).

Y en verdad parece que Dios no dejando virtud ninguna sin recompensa, la tiene muy especial para la dulzura. ¿La ve en nosotros? Pues llenémonos de esperanza, nuestras plegarias le serán agradables y las atenderá: *Mansuetorum semper tibi placuit deprecatio*; nos otorgará su gracia: *Mansuetis dabit gratiam*; nos enseñará sus caminos: *Docebit mites vias suas* (6). nos conducirá de la mano por los senderos de la justicia; *Diriget mansuetos in iudicio* (7). Su sollicitud para con nosotros será enteramente paternal: *Susci-*

- (1) Homil., XIX, in *Epist ad Rom.*
- (2) Ps., LXXXV, 5.
- (3) Sap., XII, 1.
- (4) Eccli., XXIV, 27.
- (5) Ps., CXXXI, 1.
- (6) Ibid., XXIV, 9.
- (7) Ibid.

piens mansuetos Dominus (1). San Juan Crisóstomo explicando esta palabra: *suscipiens*, no es tan sólo, dice, *opem ferens, sed quod est longe majus., recreans, fovens, bajulans, et velut mater in ulnis portans*. Finalmente coronará tantos favores salvándonos y llevándonos á la gloria eterna: *Exaltabit mansuetos in salutem* (2). ¡Qué causa de alegría para los buenos Sacerdotes, que han aprendido de Jesús la ciencia práctica de la dulzura! *Audiant mansueti, et lætentur* (3).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La dulzura nos hace dueños de nuestro propio corazón*. Aquel en quien reina la dulzura gobierna á su antojo todas sus pasiones: resiste su indignación, aun cuando sea legítima, modera su celo, ahoga la venganza cuando aun no es más que una chispa. La dulzura somete por completo al hombre. ¡Oh! qué fuerte es bajo la apariencia de debilidad!

PUNTO SEGUNDO.—*La dulzura nos hace dueños del corazón de nuestros hermanos*. ¿Puede por ventura rehusarse el cariño á aquel que no se venga más que haciendo buenas obras? Mientras que la severidad cierra el corazón, la dulzura lo abre; si por completo no lo convierte, prepara las conversiones. De manera que para someter al mundo al Evangelio se necesitaba un cordero. *Emitte agnum dominatorem terræ*. Las conquistas de los hombres apostólicos son siempre proporcionadas á su dulzura: San Pablo, San Ambrosio, San Francisco de Sales le debieron sus principales triunfos.

PUNTO TERCERO.—*La dulzura nos hace dueños del corazón del mismo Dios*. No ama á Dios sino á aquello que se le asemeja; mas nada hay que acerque tanto al hombre á la divinidad como la dulzura: *Tu, Domine, suavis et mitis, et multe misericordie*. Las almas dulces le ofrecen la imagen viva de Jesu-

(1) Ps., XXIV, 9.

(2) Ibid., CXLIX, 5.

(3) Ibid., XXXIII, 3.

cristo, esplendor de su gloria. Por eso ha hecho tantas promesas á la mansedumbre; *Mansuetorum semper tibi placuit deprecatio*.—*Mansuetis dabit gratiam*.—*Docebit mites vias suas*.—*Dirigit mansuetos in iudicio*.—*Exaltabit mansuetos in salutem*.

MEDITACIÓN LVI

*Tercera cualidad del celo sacerdotal,
la prudencia: señales que la caracterizan*

- I. Condescendencia sin debilidad.
- II. Exactitud sin rigidez.
- III. Firmeza sin terquedad.

PRIMER PRELUDIO.—Representarse á Jesucristo en sus relaciones con el prójimo, practicando todas las virtudes en una medida tan perfecta que jamás una virtud perjudicaba á otra; tal era el afecto de su infinita prudencia.

SEGUNDO PRELUDIO.—Pedir la gracia de conservar á ejemplo suyo en el ejercicio del sagrado ministerio un medio tan sabio que jamás pueda decirse que hay defectos en nuestras virtudes.

PUNTO I

El celo prudente es dulce sin que por esto sea débil

Cuando los fariseos preguntaron al Señor por que sus discípulos no observaban los mismos ayunos que los de Juan Bautista recibieron esta respuesta (1). «¿Los amigos del esposo pueden afligirse? ¿Conviene acaso que ayunen durante el tiempo que el esposo está con ellos? Esperad, que tiempo hay para todo. Así como hay verdades que aun no enseño á mis discípulos, porque son incapaces de entenderlas, también hay santas prácticas que todavía aun no es tiempo que les sean impuestas. Jamás se exige á aquel que comienza lo que es propio de los proficientes en ese camino. El Buen Maestro debe acomodarse á la

(1) Marc., II, 18.